

LA REPRESENTACIÓN DE IRACEMA DE JOSÉ DE ALENCAR A TRAVÉS DE LOS ESCRITOS DE NÉLIDA PIÑÓN

Renata Bastos da Silva

Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ), Brasil

Le dedico a mi madre Regina Célia Bastos da Silva,
una de las hijas de América

Siguiendo con nuestros estudios sobre las pensadoras brasileñas, nuestra propuesta es presentar un poco del trabajo de la literata Nélida Piñón. De este modo, distinguimos su último libro *Hijos de América* (2016). En las páginas de ese libro, Nélida revela un análisis importante sobre la formación de la sociedad y del Estado-Nacional en Brasil. Para ello, Nélida escribe sobre nuestra historia, entre otros períodos sobre el contexto del Segundo Reinado (1841-1889), liderado por el emperador D. Pedro II. De este período destaca, entre otros, la literatura de José de Alencar, uno de nuestros grandes romancistas, en cuyos romances muestra el cotidiano de la sociedad brasileña y su formación mestiza. Nélida destaca de la obra de este autor, entre otros, su romance titulado *Iracema*, en el que revela las características de la india Iracema y su contribución, como de todo la cultura autóctono, para la formación de la sociedad brasileña. Nuestra propuesta es presentar este trabajo de Nélida, particularmente su destaque de esta obra de José de Alencar.

De este modo, en un primer momento señalaremos los principales hechos históricos que contribuyen a la formación del Estado-Nación brasileño, particularmente en el período del Segundo Reinado, cuando surgen las principales obras de José de Alencar. Resaltaremos de la obra del literato cearense y su contribución para la formación de nuestro Estado-Nación. En seguida distinguiremos en la reciente obra de Nélida Piñón, ya mencionada anteriormente, los escritos de José de Alencar que concurrieron para la constitución de nuestro Estado.

Así, el historiador Ilmar Rohloff de Mattos, al analizar la sociedad imperial brasileña, la definió en tres mundos:

El "mundo del Gobierno", formado por aquellos que se consideraban, y así eran vistos por sus contemporáneos, como "buena sociedad" – es decir, aquellos aptos a participar, a gobernar y a guiar la sociedad;

El "mundo del trabajo", formado por aquellos que seguían sentido opuesto al mundo del gobierno, constituido por esclavos y "criollos", que eran la base productiva de la sociedad. Los esclavos eran la fuerza de trabajo predominante, responsable por la producción agrícola.

El “mundo de la desorden”, formado por aquellos que no se encontraban claramente en el mundo del trabajo y tampoco podrían ser considerados como “buena sociedad”. Era un grupo heterogéneo, formado por libertos, personas libres pobres, agregados al mundo de los grandes hacendados o prestadores de pequeños servicios en las ciudades, y que debería ser constantemente vigilado, controlado, dominado, bajo el riesgo de poner el edificio de aquella sociedad en peligro.

Según las profesoras Lilian Schwarcz y Heloisa Starling en su libro *Brasil: una biografía*, la independencia brasileña, en 1822, estuvo envuelta en una decisión política, o sea, la opción, entre otras disponibles de mantenerse la forma de una monarquía constitucional representativa. Habíamos tenido la posibilidad de experimentar esta forma entre 1808 y 1821, con la llegada de la familia real portuguesa a Brasil en 1808. Cuando Río de Janeiro se vuelve la capital del Imperio portugués y el entonces príncipe regente D. João decreta la apertura de los puertos brasileños a las “naciones amigas” y, dos años después, concede una serie de ventajas comerciales a Inglaterra. Todo fueron despliegues de la política imperialista francesa liderada por Napoleón Bonaparte¹.

La formación del Estado-Nación brasileño: Primero Reinado

La búsqueda por la consolidación del Imperio en Brasil empieza en el momento de su independencia en 1822. Por lo tanto, dos puntos relacionados a la construcción del nuevo Imperio, en particular, exigían medidas inmediatas: la manutención de la unidad territorial en torno de la Corte en Río de Janeiro y la obtención del reconocimiento internacional del país.

Por otra parte, para profundizar la discusión a respecto de los proyectos de la nación, destacamos las relaciones entre la Constitución de 1824 y la unidad nacional; visto que el cierre de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1823 y la formulación de la Constitución a ser otorgada ejercieron sobre las provincias del Norte (y, en ese grupo, principalmente la provincia de Pernambuco, de tradición revolucionaria). Siendo que el Imperio de Brasil era dividido en dos regiones: el Norte, involucrando a las provincias ubicadas en las regiones hoy consideradas norte y nordeste, y el Sur, que implicaba a las demás regiones abajo de Bahía.

Muchas provincias que habían adherido de inmediato a la causa de la independencia lo habían hecho bajo la condición de participación activa en el pacto político que se acordaba. Pernambuco, en especial, era prudente en colocarse subordinado a la corte en Río de Janeiro. Cerrada la Constituyente se generó un clima de insatisfacción. No obstante, ese ambiente de descontentamiento no alejó a los partidarios de D. Pedro I de su objetivo.

Otorgada la Constitución en 25 de marzo de 1824, el emperador no se volvió hacia las Provincias o a sus representantes para dar legitimidad a la Carta Magna; sino, por otro lado, buscó apoyo en las localidades, principalmente en aquellas donde las discusiones políticas no tenían todavía tomado predominantemente las calles. Por lo tanto, pese a que no estuviese sometida a la aprobación de una Asamblea, nuestra

¹ Para mayores detalles sobre el período de Napoleón Bonaparte ver Hobsbawm, Eric J. La era de las Revoluciones, 1789-1848. São Paulo: Paz e Terra.

primera constitución fue enseguida enviada a las Cámaras de las Provincias para ser jurada, como efectivamente lo fue.

Desenlace dramático con el que se cerró el Primer Reinado (1822-1831), por medio de la abdicación de Pedro I, en 7 de abril de 1831. Como una especie de presagio de ese acontecimiento cabe relatar que en 1823, el emperador tendió a rodearse de amigos personales, cortesanos, naturales de Portugal como él, que defendían concepciones tradicionales de la autoridad imperial. Debido a eso, se volvió incompatible también con José Bonifácio, alejado del ministerio en julio de 1823, un político importante en la corte desde el período de D. João VI. En ese punto, renació el clima febril del anterior año, con la multiplicación de los periódicos que se posicionaban con respeto a los debates en la Asamblea.

A un lado, José Bonifácio y sus hermanos fundaron el periódico "*O Tamoio*". Ese momento fue registrado por Caio Prado Júnior en su escrito titulado *El Tamoio y la política de los Andradas en la Independencia de Brasil* publicado en la edición de su libro titulado *Evolución política de Brasil y otros estudios*. Registramos que antes de 1822, fueron identificados grupos políticos, actuando sobre todo en la ciudad de Río de Janeiro; el núcleo del conflicto consistía en los favorables al dominio colonial portugués, los llamados "jorobados" y los que deseaban la independencia. Por otro lado, los Andradas alzaron la bandera de la oposición no solo en contra los liberales, pero también en contra aquellos que se mostraban favorables a un poder de los jorobados, incluyendo, en particular, a los portugueses (de sobrenombre "pies de plomo"), que habían pasado a rodear el imperador. Por otro lado, *El Tamoio* era criticado por otros periódicos, como *el Correo de Río de Janeiro*, *El Espejo* y *el Diario del Gobierno*, que lo acusaban de buscar intrigar a brasileños y portugueses, siendo que estos periódicos defendían el pleno poder de D. Pedro I. Así, el conflicto entre una propuesta del gobierno más liberal, en que la soberanía residiera en los representantes de las provincias, y la de un gobierno más regulado por la Corte, reflejada en el Antiguo Régimen, o, por lo menos, al molde de las monarquías europeas de aquel entonces, se convertía, así, en una rivalidad entre brasileños y portugueses.

En ese ambiente, el curso de los hechos en Portugal, como el movimiento de la llamada Vilafrancada, que cerró la Corte por las armas en 3 de junio de 1823 y puso fin a la primera experiencia liberal portuguesa, restableciendo el poder real de D. João VI, sirvió de estímulo para que D. Pedro actuase de igual forma. En la mañana de 12 de noviembre de 1823, la tropa real marchó con dirección al edificio de la Asamblea Constituyente, que se encontraba en permanente reunión desde hace dos días. Luego de la lectura del decreto que disolvía la Asamblea, algunos diputados, como los hermanos Andrada, fueron detenidos, siendo prontamente enviados, para un largo exilio.

D. Pedro I, por su parte, justificó la actitud real por medio de una proclamación a los brasileños, convocando a todos a conservaren la adhesión a la causa de la Independencia, pues, crecía el "espíritu de desunión", con el surgimiento de partidos que visaban a la implantación del desorden y de la "anarquía" en el país. Bajo promesa de una Carta "duplicadamente más liberal", concluía que la medida visaba superar la lentitud con que se preparaba la Constitución, contener los sustos y

temores de todos los súbditos pacíficos y preservar la patria en peligro, alejando el miedo de la ruina y de la subversión del Estado.

La actitud del Emperador trajo, no obstante, varias reacciones. Una de ellas, para nosotros importante, pues, trata justamente de la unidad territorial del Imperio, fue la creación de la Confederación de Ecuador. Proclamada en 2 de julio de 1824, la Confederación de Ecuador pretendía reunir, bajo la forma de un gobierno federativo y republicano, más allá de la provincia de Pernambuco, las provincias de Ceará, de la Paraíba, de Río Grande del Norte y, posiblemente, de Piauí y de Pará. Contando con la participación de los elementos urbanos de las capas populares, manifestó un exacerbado sentimiento anti-lusitano y autonomista. No resistió, sin embargo, la Confederación de Ecuador a la violenta represión de las tropas del gobierno.

La Carta Magna del Brasil Imperio promulgada en 1824, aunque no se diferenciase mucho de la propuesta que los diputados habían discutido antes de la disolución de la Asamblea Constituyente, traía una diferencia fundamental: no emanaba de la representación, mas era concedida por la condición soberana del rey, siendo elaborada por un Consejo de Estado, instituido por el Imperador. La forma de gobierno se definía como una monarquía, hereditaria y constitucional, valiéndose del poder Moderador, y salía reforzado el carácter unitario del Imperio, por medio de una figura real con la soberanía residiendo en la figura del Imperador, como siempre pretendiera D. Pedro.

A pesar de algunas reacciones críticas, como la expuesta arriba, la Constitución de 1824 no difería del debate constitucionalista realizado por las monarquías europeas. Algunos historiadores señalan que la Carta de 1824 contenía mucho de los elementos liberales en discusión en la Europa en aquel entonces. Establecía la división de poderes, repartía atribuciones, en oposición a la orden administrativa anterior. No obstante, al definir un censo (basado en la renta) para los votantes, alejaba de la vida política innúmeros individuos situados en las capas más pobres de la sociedad. Por otro lado, la esclavitud fue mantenida sin que se mencionara una sola vez esa palabra. Al garantizar el derecho de propiedad, pero, los pilares del mundo liberal, mantenían los esclavos en nombre de la prevalencia de ese derecho. Pero, si todos los poderes constituían delegaciones del Imperio, en la práctica, era el Emperador quien poseía la autoridad última, en virtud del uso del poder Moderador, clave importante de la organización política.

Así, podemos destacar que la Constitución de 1824 enfoca los derechos civiles y políticos, siendo esos últimos restrictivos, como ya apuntamos arriba. Los pobres no tenían derechos políticos debido a la renta; las mujeres, aunque no fueran mencionadas claramente en la ley, aún tenían que hacer frente a una sociedad patriarcal. Con respecto a la tipología la Carta de 1824 fue fruto de la autoridad del Emperador, fruto de la disolución de la Asamblea Constituyente, que podemos considerar una experiencia mínimamente constitucional que el país presenciara.

En 1826, la Asamblea Legislativa ordinaria se reunió por primera vez para dar inicio a sus trabajos. Eran 102 diputados y 50 senadores, representando las Provincias del Imperio. En su discurso de apertura de los trabajos, D. Pedro I, inauguró una tradición del Poder Ejecutivo de señalar algunos temas a ser tratados por la Asamblea en la legislatura. Cabía pues al Emperador el derecho de sancionar

los decretos y resoluciones de la Asamblea, antes que adquiriesen fuerza de ley. De la misma forma, él podía prorrogar o aplazar la Asamblea General y también disolverla, en las hipótesis en que la salvación del Estado lo exigiera pero era obligado a convocar inmediatamente otra, que la sustituyera. Por otro lado, la Asamblea poseía, entre otros, el derecho de hacer, interpretar, suspender y revocar las leyes, fijar los gastos públicos y repartir la contribución, establecer los medios de pago de la deuda pública, autorizar el gobierno a contraer préstamos, crear o suprimir empleos públicos y fijar, anualmente, las fuerzas de tierra y mar. Aún estaba entre sus prerrogativas el deber de “velar por la defensa de la Constitución”, promoviendo el “bien general de la Nación”.

La formación del Estado-Nación brasileño: las Regencias

Subrayamos que en todos los debates de la Asamblea, dos concepciones de Imperio continuaron a enfrentarse. A un lado, aquella basada en la política tradicional de una autoridad heredada por vía dinástica; del otro, la visión liberal, que, establecía la igualdad entre el Emperador y sus súbditos con respeto a la Constitución, pues, de ella derivaba su autoridad. Elemento de tensión entre el Emperador y la Asamblea, tal conflicto atravesó los años siguientes, mismo después de la abdicación de D. Pedro I en 1831.

Así, bajo el signo de esas discusiones, el Imperio de Brasil buscó empezar a convertirse como Estado independiente. Algunos temas delicados dominaron la segunda mitad de la década, llevando incluso al aumento del desgaste de la imagen del Emperador y al recrudecimiento de la oposición hacia él, factores que llevaron a su renuncia en 1831. Esos temas eran los siguientes: el problema del reconocimiento de la Independencia brasileña en el escenario internacional, la cuestión del tráfico de esclavos, los conflictos armados de la Cisplatina (región ubicada en el sur del país bajo litigio) y la cuestión de sucesión hereditaria de Portugal. Esa última cuestión, implicaba la elección de D. Pedro I entre una Monarquía constitucional, la de Brasil o una Monarquía tradicional, la de Portugal.

Por consiguiente, la confrontación entre la Asamblea Legislativa y el Ejecutivo asomaron y se volvieron más intensos. Por el uso de la prerrogativa del poder Moderador, el Emperador acentuó el conflicto entre los dos poderes, limitando las oportunidades de cooperación y contribuía para el clima de recíprocas prevenciones. Luego de la muerte de D. João VI en 1826, la política externa se convirtió en una de las principales preocupaciones de D. Pedro I, a causa de la confusión generada por la cuestión de hereditaria en Portugal. Por otro lado, aún en el campo de la política externa, Brasil se había envuelto en la guerra de la Cisplatina, desde 1825, cuando una rebelión proclamó la separación de esa provincia de Brasil y la incorporación de esa al Reino del Plata. Ese Reino y Brasil entraron en guerra por el territorio. La paz se logró en 1828, con la intervención inglesa y la pérdida de aquella región, que se tornaría un otro Estado, hoy conocido como Uruguay. La renovación de los tratados de comercio con Inglaterra, entre 1826-1827, por razón de su apoyo al reconocimiento del Imperio de Brasil frente a Portugal, y el compromiso con la monarquía inglesa de que el Imperio brasileño convertiría el tráfico de esclavos ilegítimo, en el máximo tres años, llevó al aumento de las tensiones con la Cámara de los Diputados. Muchos de esos representantes tenían relaciones con el tráfico, como comerciantes negreros o como señores de esclavos. Al mismo tiempo la

insistencia en mantener un círculo privado en la Corte creaba el temor de adhesión a las ideas de un gobierno que se valía cada vez más del Poder Moderador. A este clima de animosidad se sumaban aún las dificultades económicas y financieras, ampliadas, por ejemplo, con los gastos de la ya citada guerra de la Cisplatina, en la cual estaba metido el Imperio, sirviendo de motivos y pretextos para ampliar la oposición no solo al Emperador, pero también a los lusitanos, que dominaban en gran medida el comercio minorista.

El año de 1829 se mostró particularmente difícil. Ocurrieron intensos debates, tanto en la Asamblea como en la prensa. Todavía a fines de aquel año, para intentar dar la vuelta a la situación desfavorable D. Pedro I sustituyó al Ministerio. Además, para que se realizaran las bodas del Emperador viudo, desde 1826 con la muerte de D. Leopoldina, con la Princesa Amélia, se exigió el exclusión de la Corte de su amante más famosa, Domitila de Castro, la Marquesa de Santos, y familia. Ambas las novedades dieron origen al parecer, a un relativo clima de serenidad política en el año de 1830.

Sin embargo, las elecciones para la nueva legislatura añadieron a la Cámara un número aún mayor de opositores. Eran individuos más radicales, ampliamente favorables al federalismo y, para algunos hasta el republicanismo. Los debates tomaron los periódicos de la época, los clubes y los conflictos aumentaron, alcanzando el ápice en las últimas sesiones de la Cámara de los Diputados de 1830. Para tanto, todavía contribuyeron las noticias de la Revolución de Julio de 1830 en Francia. Provocada por un intento de golpe del Rey Carlos X, que después del frustrado intento de clausura de la Asamblea y limitación de la libertad de prensa, fue sustituido por el Rey Luís Felipe, que contaba con apoyo de la sociedad burguesa, duque de Orleans. Para los opositores, no era posible ignorar la semejanza entre la situación francesa y la brasileña. Cuando D. Pedro demitió más un gabinete, a comparación parecía confirmarse, estimulando la circulación de folletos que hablaban de un "gabinete secreto", cuya principal figura era el "protegido" Chalaça.

En los primeros meses de 1831, otros incidentes marcaron el final del Primer Reinado, con los tumultos ocurridos en las calles de Río de Janeiro entre portugueses y brasileños, llamado "Noche de las "Garrafadas" (botellón). En 5 de abril, la tensión aumentó con el brusco cambio del Ministerio, que volvía a ser compuesto por los auxiliares más cercanos y fieles al Emperador, todos dotados de título de nobleza. Los rumores sobre un golpe de Estado ganaron fuerza y la población, juntamente con el Ejército, exigieron la vuelta del Ministerio depuesto.

Sin tener el apoyo militar que tuviera en noviembre de 1823, Pedro I respondió a la crisis con la abdicación al trono brasileño. Apelando a los derechos que le otorgaba la Constitución, lo hacía en favor de su hijo y terminaba su carrera política en Brasil.

En el Parlamento, luego de la renuncia de D. Pedro I en favor de su hijo, en especial en la Cámara de los diputados, los grupos políticos se dividían en tres facciones, cada cual con su particular visión de mundo y proyecto de nación para el Imperio: los moderados, los exaltados y los caramurus. Esa división parlamentar reflexionaba, también, divisiones presentes en el seno de la "buena sociedad" Imperial, al mismo tiempo en que era también influenciada por esas divisiones sociales. la política, de

los años iniciales de la Regencia, no quedó restringida a los círculos políticos, mas también tomaba las calles, poniendo en el centro de la tormenta a personas que, hasta entonces, no eran tomadas en cuenta en el cálculo político de los grupos dominantes.

El grupo de los moderados luego se dividió en dos fracciones, cada una imponiendo la política por un período de tiempo a lo largo de la Regencia. Simplificando, podemos decir que una fracción adepta de las reformas constitucionales y de la distribución de poder por las provincias, por medio del refuerzo de la autoridad provincial, dio las cartas en los primeros años de la regencia, entre 1831 y 1834. La segunda fracción de los moderados, compuesta por partidarios de la centralización política y del refuerzo del Estado, bajo el manto de la constitución, herederos de los "coimbrãos", se tornaría predominantemente a partir de 1837. De ese litigio surgiría, a mediados de la década, el movimiento del Regreso.

La composición de la Regencia Provisoria, que además, no ocurrió en conformidad con la Constitución, pues la Cámara estaba en receso, indicaba la acomodación de fuerzas y la intención de no dejar que la abdicación significara una ruptura social: un miembro de la antigua situación, Carneiro de Campos, el Vizconde de Carabelas y colaborador del Primer Reinado; por un lado, un miembro de la antigua oposición, Nicolau dos Santos Vergueiro, una de las grandes expresiones del liberalismo paulista y fuerte opositor de D. Pedro I; por otro, y un militar en medio, el brigadero Francisco de Lima y Silva, padre del futuro Duque de Caxias.

La Regencia Provisoria, no obstante, duró poco, y en junio, reunida la Asamblea General, fue nombrada una Regencia Trina, que tuvo también sus poderes definidos. La nueva regencia fue compuesta con la intención de atender a los intereses provinciales: João Bráulio Muniz representando el Norte, José da Costa Carvalho representando el Sur y Lima y Silva manteniendo su puesto en el medio, representando el ejército. Los poderes de la Regencia Trina fueron limitados, oficializándose un sistema parlamentario: sus miembros no podrían declarar guerra, conceder títulos de nobleza, vetar leyes ni disolver la Cámara.

La creación de la Guardia Nacional en 1831 (inspirada en la idea de la "nación en armas", o sea, ciudadanos tomando las armas, bajo el liderazgo de cuadros elegidos entre los miembros del efectivo, con el fin de defender su patria, o sea, a las provincias aisladas), la votación del Código de Proceso en 1832 (confería amplias atribuciones a los jueces de paz) y el Ato Adicional en 1834. El sentido de esas medidas era claro: la subordinación total de los Regentes Trinos a la Asamblea, o sea, a las provincias representadas por sus diputados.

Las reformas de la regencia del inicio de la década de 1830 fueron votadas en medio al predominio de los moderados en la política. Su proyecto de Estado y nación prevaleció, aunque tuviesen que ceder a algunos anhelos de los demás grupos. Las reformas se dirigían hacia una mayor distribución del poder por el territorio imperial, privilegiando el gobierno provincial en contraposición al poder central. Así era el carácter de la "revolución" de 1831, según los moderados, haciendo frente al proyecto exaltado (que apuntaba a una reforma más amplia, que excluyese cualidad de por vida del senado, entre otras cosas) y restaurador (que veía solo en la Constitución del Estado el camino para la construcción de su idea de orden social.

La formación del Estado-Nación brasileño: Según Reinado

“Nada se asemeja más a un “saquarema” que un “luzia” en el poder”; esta frase es del político pernambucano Antônio Francisco de Paula Holanda Cavalcanti de Albuquerque y fue destacada, entre otras obras, en el libro titulado *Tiempo Saquarema* de Ilmar Rohloff de Mattos (ya citado arriba). La política partidaria de Brasil en el Segundo Reinado (1841-1889) fue liderada en el parlamento por Saquaremas & Luzias que eran los apodos dados a los miembros de los Partidos Conservador y Liberal, respectivamente.

Los Conservadores eran conocidos por Saquaremas por el hecho de que varios de sus miembros residiesen en el municipio fluminense de Saquarema, cerca de la corte ubicada en el Rio de Janeiro, que pasó a ser también espacio de reuniones del partido.

El apodo de Luzias de los liberales estaba relacionado a los hechos ocurridos en la Vila mineira de Santa Luzia, durante la Sublevación Liberal de 1842. Los liberales protestaban de armas en manos en la ciudad contra la clausura de la Cámara por D. Pedro II valiéndose del Poder Moderador (un joven inseguro de 15 años de edad que se permitió creer en rumores, por sugerencia de complots secretos y otras tácticas manipuladoras de los Conservadores). La elección para esa Cámara quedó conocida como “elección del bastón” en virtud de los recursos a actos de violencia ocurridos durante el pleito.

Los Conservadores, provenientes de los “regresistas”, tenían en sus filas principalmente los burócratas del Estado, los grandes comerciantes y los hacendados unidos a los cultivos de exportación. Se posicionaban en favor de una mayor centralización política en torno del Poder Ejecutivo, disminuyendo todavía la autonomía de las Provincias.

Surgidos a partir de los progresistas, los Luzias eran formados por profesionales liberales urbanos y agricultores unidos al mercado interno. Defendían una descentralización política, pretendiendo mayor autonomía para las Provincias en un modelo federativo, colocándose todavía en contra el Poder Moderador del Imperador y al Senado Vitalicio.

Los dos partidos alternaron en el poder legislativo durante todo el Segundo reinado. El ejercicio del poder se daba a través de la ocupación del Consejo de Estado, órgano del poder político-administrativo del Imperio.

En la monarquía parlamentarista brasileña, no era el Rey quién quedaba subordinado al Parlamento, sino el Parlamento era sometido al Monarca. Pero ni una cosa ni la otra fueron una teoría tranquila.

El historiador Ilmar Rohloff de Mattos afirma que:

Los procesos de construcción del Estado Imperial y de constitución de la clase señorial fueron también el movimiento de formación y expansión de los Saquaremas, de sus grupos y perspectivas, de individualización de un segmento en el conjunto del sistema de relaciones sociales que animan aquellos procesos. En este movimiento de formación y expansión, un espacio-tiempo privilegiado fue

representado por la provincia fluminense, que ganara una dimensión diversa, ahora en términos político-administrativos, con la aprobación del Acto Adicional de 1834 que de ella desmembró el Municipio de la Corte, al tiempo en que la dotaba de administración propia, pronto precisamente definida². La dualidad partidaria brasileña acabaría solo en la década de 1870, cuando la crisis del modelo esclavista en Brasil llevaría las capas sociales urbanas a la defensa de la Abolición y a formar el Partido Republicano.

Iracema de José de Alencar a través de los escritos de Nélida Piñon

En este contexto del Segundo Imperio es que surgen las bases de la literatura brasileña del siglo XIX. Siendo que la producción literaria brasileña en el período del Segundo Imperio revela la formación del pueblo brasileño. En este sentido, la contribución de José de Alencar, según Nélida Piñon, es singular.

Desde otro punto de vista, las profesoras, ya mencionadas arriba, Lilian Schwarcz y Heloisa Starling en su libro *Brasil: una biografía*, destacan que:

En 1865 era publicado el romance que animó el país y revolucionó la temática y el lenguaje de la literatura brasileña que se practicaba en Brasil, aferrada a cánones de Portugal. *Iracema*, de José de Alencar, no solo traía los temas y los paisajes caros al género como en su nombre (e cambiando el orden de las letras) incorporaba el anagrama de "América". En ese largo poema escrito bajo la forma de romance, la bella "virgen de los labios de miel" aparece retratada en medio a un pasado mitificado y perdido del siglo XVII. La obra representa el nacimiento de Brasil, delante, otra vez, del sacrificio indígena. La pareja central – Martim e Iracema – simboliza los primeros habitantes del país, y de su unión resultará una predestinada raza. En determinado momento, Iracema muere para que su hijo Moacir (el "hijo del sufrimiento") viva. En el libro se destaca el mestizaje: lengua híbrida, religión sincrética, nación de mulatos y mamelucos. Más una vez lejos del Brasil del siglo XIX, tan marcado por la esclavitud, héroes blancos indígenas conviven en ambiente inhóspito y se portan como nobles. Se no en los títulos, al menos en los gestos y acciones³.

Por otro lado, para Nélida Piñon:

José de Alencar fue un brasileño del siglo XIX, nacido en Mecejana, Ceará, en el año de 1829, en plena vigencia del Imperio, vivió período en ebullición de la vida nacional, con Pedro II frente al Segundo Reinado. Un momento formador de la nacionalidad brasileña, de un ideario que forzaba amplio debate en torno a causas aún embrionarias. Cuando debatían, entre otras cuestiones, los fundamentos de una cultura brasileña. Una especie de estética a la disposición de un autor nacido en aquellos parajes tropicales tan apartado del epicentro europeo, del que se irradiaban sólidas e impositivas influencias. Había, pues, que debatir las variantes estéticas a ser consideradas como aceptables por un autor brasileño, con vistas a contar ele con un pueblo de escasa educación y mestizaje étnica⁴.

² Mattos, Ilmar Rohloff de. O tempo Saquarema. 5. ed. São Paulo: Hucitec, 2004, p. 238-239

³ Schwarcz, L. M. Starling, H. M. Brasil: uma biografia. São Paulo: Companhia das Letras, 2015, p. 287

⁴ Piñon, Nélida. Filhos da América. Rio de Janeiro: Record, 2016, p. 133.

La obra de Alencar surge en un momento de indignación e insurgencia social⁵, pues, por un lado, el Segundo Reinado tenía el propósito de consolidar el Estado-nacional brasileño, pero también, al tomar este camino revela las contradicciones del Imperio, como la sangrienta Guerra de Paraguay y la insistencia en mantener la esclavitud. A través de los autores que formaron la "generación de 1870", como Joaquim Nabuco (citado arriba), Taunay, André Rebouças y Silva Jardim. Ellos se juntaron a la causa abolicionista, pero tenían concepciones distintas con respecto a Brasil. Esto fue señalado por el profesor Ilmar Horhloff de Mattos en su artículo *Del Imperio a la República* (1989). El autor de *Tiempo Saquarema* trata del caso de Nabuco y Silva Jardim. El primero no se convencía de que la República sería el camino para nuestra modernización. Por otro lado, afirmó que luego de la abolición de la esclavitud sería necesario una amplia educación y elaboración de políticas para la incorporación del negro a la sociedad brasileña. Silva Jardim por su parte, estaba preocupado con el poder y el pueblo, con la República debería abrir espacio para la participación de los ciudadanos; y se decepcionará con la República brasileña.

Maria Alice Rezende de Carvalho destaca la trayectoria abolicionista de Joaquim Nabuco, André Rebouças y Taunay, en su libro *El Quinto siglo André Rebouças y la construcción de Brasil* (1998). El papel de Joaquim Nabuco en el ajetreo abolicionista de los años de 1880, era, entre otras cuestiones, según la profesora a través de las palabras de Taunay, hacer notar que el Imperio debería cuidar prontamente la eliminación de la esclavitud, que según Nabuco, era una vergüenza para Brasil; mas no sin pensar en la sustitución y transformación de los viciosos y deprimentes elementos de trabajo del Imperio. La profesora subraya que la abolición sería narrada por Nabuco y André Rebouças como un hecho que podría mover al país de una fase de limitaciones animales y de vigencia de la singularidad absoluta de las casas señoriales, a un momento civilizatorio regulado por la razón.

Volviendo a Nélida Piñon, ella destaca que el libro *Iracema* de José de Alencar estaba dentro de este contexto de contestación del rumbo que el Imperio brasileño estaba tomando. Por sus palabras:

No por acaso surgen en este período de intensa indagación política y social, prácticamente en el mismo año de 1873, dos trabajos esenciales para la explotación de la cuestión nacional y estética. El ensayo *Instinto de nacionalidad*, de Machado de Assis, y *Cómo y por qué soy novelista*, de José de Alencar. Ambos textos constituyendo un decálogo para informar la naturaleza del ser que resultara del singular amalgama étnico y cultural brasileño⁶.

A partir de ese opúsculo de José de Alencar, *Cómo y por qué soy novelista*, Nélida entra con cuidado y revela la riqueza de la formación de Alencar que repercute en su obra. Según Nélida:

En su opúsculo, José de Alencar dibuja el esquema sentimental e intelectual de su formación literaria, el perfil de una generación bajo la égida monárquica. Nos lleva a conocer como se portaba el intelectual partícipe de las condiciones

⁵ Piñon, Nélida, op. cit. 2016, p. 134

⁶ Piñon, Nélida, op. cit. 2016, p. 134

existentes, entonces, en un país que padecía de gran retraso económico y educacional.

Al elegir la forma de carta para comunicarse con el lector, Alencar opta por la modestia narrativa, sin jactarse de la importancia literaria que entonces disfrutaba. Es una misiva sin el evidente resguardo de una obra ya relevante, como se fuera un aprendiz que padeciera en el pasado de injusticias literarias⁷.

Nélida subraya que José de Alencar en el mencionado opúsculo deja clara la diferencia entre la historia de los personajes indígenas estadounidenses y la historia de nuestros autóctonos. Tanto en el que se refiere a la naturaleza, como a la conducta de los personajes. En contrapartida, nuestra autora constata que José de Alencar fue víctima de un país donde faltan lectores, (debido al analfabetismo, entre otras causas, como el tratamiento dado a los esclavos), de un mercado literario precario y de tipógrafos de desempeño deficiente, así Alencar era obligado a seguir de cerca la edición de sus libros. Pero, señala Nélida que a pesar del penoso cuadro que describe Alencar resiste a las circunstancias desfavorables, siendo fiel a su vocación literaria.

Por las palabras de Nélida Piñon:

Alencar registra aprecio por la imaginación brasileña que expresaba, en su transcurso histórico, un parecer esclarecedor sobre la creación nacional. De cómo, mediante el esfuerzo de imaginar mundos inicialmente intangibles, la imaginación le beneficiara y a los demás escritores. Le ayudara, en su caso, a destacar la importancia de la cuestión indígena, a buscar las razones de haber asegurado tal presencia en su obra⁸.

Por lo tanto, distinguimos, a través del sensible análisis de Nélida Piñon que en las obras de José de Alencar la cultura de nuestros autóctonos se junta a la formación del pueblo brasileño, como uno de los elementos fundamentales que no queda atrás de la cultura africana o del amalgama de culturas que llegan de Europa hasta nosotros.

Para Nélida, en la obra de Alencar:

Su opción por el universo indígena superaba la propia intención estética. En verdad, le permitiera definir Brasil en su conjunto dramático. Pues, para él, el indianismo se manifestó como posible forma de abordar Brasil, de conocer su pueblo. Una exaltación que lo llevó a idealizar el indio, como lo hicieron en Europa, en el siglo XVI, Montaigne, Étienne de Boétie, Chateaubriand, Montesquieu y, mucho después, Rousseau⁹.

Estoy de acuerdo con Nélida cuando subraya que Alencar, como desdoblamiento de su mirada a nuestro autóctono, sus personajes, como la india Iracema, de la cultura indígena, son altruistas por excelencia, a encarnar un ideario, según palabras de Nélida, de pureza, de incorruptibilidad. Segundo Nélida:

⁷ Piñon, Nélida, op. cit. 2016, p. 134

⁸ Piñon, Nélida, op. cit. 2016, p. 136.

⁹ Piñon, Nélida, op. cit. 2016, p. 136.

Su opción por el universo indígena superaba la propia intención estética. En verdad, le permitiera definir Brasil en su conjunto dramático. Pues, para él, el indianismo se manifestó como posible forma de abordar Brasil, de conocer su pueblo. Una exaltación que lo llevó a idealizar el indio, como lo hicieron en Europa, en el siglo XVI, Montaigne, Étienne de Boétie, Chateaubriand, Montesquieu y, mucho después, Rousseau. Una conducta a reforzar el concepto del "buen salvaje", que Rousseau teorizó.

Con tal construcción moral, el indio de José de Alencar se opone a los males de la civilización occidental al blanco corrupto y colonizador. (...)

Gracias a esa convicción, Alencar confiere a los indios una lengua simples, pero conmovedora, mientras destaca el lenguaje clásico que Gonçalves Dias dio a los silvícolas en su obra. Así, también él, en conformidad con su título de padre del mundo romanesco brasileño, presenta en sus libros refinamiento poético¹⁰.

En nuestra opinión, uno de los ejemplos de ese refinamiento poético es su poema romanceado *Iracema* por las palabras de José de Alencar:

Martim va a paso y paso por entre los altos "juazeiros" que rodean la cabaña del chamán.

Era el tiempo en que el dulce aracati llega del mar, y derrama la rica frescura por el árido "sertão" brasileño. La planta respira; un dulce escalofrío eriza la verde coma de la floresta.

El cristiano contempla el ocaso del Sol. La sombra, que baja de los montes y cubre el valle, penetra su alma. Recuerda el sitio donde nació, dos entes queridos que allí dejó. ¿Sabe él si volverá a verlos algún día?

Alrededor carpe la naturaleza el día que expira. Solloza la ola trépida y lacrimosa; lamenta la brisa en el follaje; el mismo silencio anhela de aflicto.

Iracema se paró por el joven guerrero:

— ¿Es la presencia de Iracema que inquieta la serenidad en el rostro del extranjero?

Martim posó blandos ojos en la cara de la virgen:

— No, hija de Araquém: tu presencia alegre, como la luz de la mañana. Fue el recuerdo de la patria que trajo la nostalgia al corazón presago.

— Una novia te espera?

El forastero desvió los ojos. Iracema dobló la cabeza sobre la espaldilla, como la tierna palma de la carnaúba, cuando la lluvia tamiza en la vega.

— Ella no es más dulce que Iracema, la virgen de los labios de miel, tampoco más hermosa! Murmulló el extranjero.

— La flor de la mata es hermosa cuando tiene rama que la abrigue, y tronco donde se enlace. Iracema no vive en el alma de un guerrero: nunca sintió la frescura de su sonrisa.

Enmudecieron ambos, con los ojos en el suelo, escuchando la palpitación de los senos que latían opresos. La virgen al fin habló:

— La alegría volverá pronto al alma del guerrero blanco; porque Iracema quiere que él vea antes de la noche la novia que lo espera.

Martim sonrió del ingenuo deseo de la hija del chamán.

¹⁰ Piñon, Nélida, op. cit. 2016, p. 137.

— Ven! Dijo la virgen.

Cruzaron el bosque y bajaron al valle. Donde moría la franja de la colina la arboleda era basta: densa bóveda de follaje verde-negra cubría el paisaje agreste, reservado a los misterios del rito bárbaro (...) ¹¹.

Volviendo a las observaciones de Nélida sobre las novelas indigenistas de Alencar, ella señala que Alencar:

Era un esforzado estudioso. Para inculcar rasgos nacionalistas a las novelas, observó atentamente las costumbres indígenas, la vida social, los desplazamientos de las tribus por las diversas regiones geográficas. Registró el nomadismo existente entre ellos que impulsó la riqueza étnica del país, mientras hacía a la naturaleza protagonista de una narrativa compatible con sus personajes. Y fue así, con tales cuidados, que encerró el ciclo indigenista compuesto de las novelas *O guarani*, *Iracema*, *Ubirajara* ¹².

Conclusión

Para concluir nuestras reflexiones, provocadas por la narrativa instigadora de Nélida Piñon, recurrimos a uno de los hijos de América, se trata de José Carlos Mariátegui. En su clásico libro *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de 1928, Mariátegui trata el tema del indio, del indigenismo, de forma singular. Y en uno de estos momentos escribe:

El porvenir de la América Latina depende, según la mayoría de los pronósticos de ahora, de la suerte del mestizaje. Al pesimismo hostil de los sociólogos de la tendencia de Le Bon sobre el mestizo, ha sucedido un optimismo mesiánico que pone en el mestizo la esperanza del Continente. El trópico y el mestizo son, en la vehemente profecía de Vasconcelos, la escena y el protagonista de una nueva civilización. (...)

El mestizo real de la historia, no el ideal de la profecía, constituye el objeto de su investigación o el factor de su plan. En el Perú, por la impronta diferente del medio y por la combinación múltiple de las razas entrecruzadas, el término mestizo no tiene siempre la misma significación. El mestizaje es un fenómeno que ha producido una variedad compleja, en vez de resolver una dualidad, la del español y el indio ¹³.

En este sentido, es más que bienvenido el rescate que Nélida Piñon hace de José de Alencar que registra, en el momento en que Brasil se está definiendo como un Estado-Nación, en la literatura brasileña el contexto de aquel momento. La sociedad brasileña, así como todas las sociedades contemporáneas hijas de América, son mestizas, y la cultura indígena es solamente una de las que compone la singularidad del cruce de razas o de etnias distintas. Pero, la contribución de Alencar no nos deja olvidar nuestra huella de nacimiento, la cual cargaremos, quizás no a través del retrato romántico de nuestro autor cearense, pero una india que está presente en

¹¹ Alencar, José de. Ministério Da Cultura. Fundação Biblioteca Nacional. Departamento Nacional do Livro. 1865, p. 13

¹² Piñon, Nélida, op. cit. 2016, p. 137-138

¹³ Mariátegui, J. C. 7 ensayos de interpretación de la realidade peruana (1928). 60ª ed. Lima: Biblioteca Amauta, 1994, p.339

nuestro día a día. Un día a día donde creamos a nuestros hijos y aprendemos, por ejemplo, que la cocina indígena nos hace querer a los sabores de la naturaleza. La india que cuida a sus hijos, de su tribu y que se enfrenta al inhóspito, al inesperado. Y que resiste a diario a la corrupción de cada gesto, de cada acto, que nos aleje del amor por la sociedad que construimos y seguiremos construyendo, generación en generación. Que los labios de miel de las hijas de América se enfrente con pureza esa coyuntura aciaga para la democracia en nuestro continente.

Referencias bibliográficas

ALENCAR, José de. Iracema. MINISTÉRIO DA CULTURA. Fundação Biblioteca Nacional. Departamento Nacional do Livro. 1865.

COZER, Ivo. *Visconde do Uruguai: centralização e federalismo no Brasil, 1823-1866*. Belo Horizonte: Editora UFMG/; Rio de Janeiro: IUPERJ, 2008.

FREYRE, Gilberto. *Casa-grande & senzala: formação da família brasileira sob o regime da economia patriarcal*. 28º ed. Rio de Janeiro: Record, 1992.

HOBBSBAWM, Eric J. *A era das Revoluções, 1789-1848*. São Paulo: Paz e Terra.

MARIÁTEGUI, J. C. *7 ensayos de interpretación de la realidade peruana* (1928). 60ª ed. Lima: Biblioteca Amauta, 1994.

MATTOS, Ilmar Rohloff de. *O tempo Saquarema*. 5. ed. São Paulo: Hucitec, 2004.
_____. "Do Império à República". *Revista Estudos Históricos*. V2, n4, 1989. pp. 163-170.

PIÑON, Nélida. *Filhos da América*. Rio de Janeiro: Record, 2016.
_____. *O Livro das Horas*. Rio de Janeiro: Record, 2012.
_____. *Coração Andarilho*. Rio de Janeiro: Record, 2009.

PRADO JÚNIOR, Caio. *Evolução Política do Brasil e outros estudos*. São Paulo: Companhia das Letras, 2012.

REZENDE DE CARVALHO, Maria Alice. *O Quinto século André Rebouças e a construção do Brasil* (1998).

SCHWARCZ, Lilian Moritz. STARLING, Heloisa Murgel. *Brasil: uma biografia*. São Paulo: Companhia das Letras, 2015.